

Capítulo I

El cómo y el porqué de la psicología social

Tomás Ibáñez Gracia

Introducción

Francisco Javier Tirado Serrano

La psicología social es una disciplina que estudia cómo los fenómenos psicológicos están determinados y conformados por procesos sociales y culturales. En su larga historia, son muchas las temáticas tratadas con esta finalidad: mientras que en sus inicios los temas fundacionales tenían que ver básicamente con los instintos sociales, la imitación, la sugestión y los fenómenos colectivos, en su posterior institucionalización destacan temáticas como el análisis de la formación de la identidad social, los procesos de normalización y socialización, la formación y cambio de las actitudes, la violencia y la agresión social, y los procesos de influencia (mayoritaria y minoritaria), conformidad y obediencia. De la misma manera, y paralelamente a todo este conjunto de investigaciones y modelos teóricos, encontramos en la disciplina una permanente reflexión sobre su aplicabilidad y la posibilidad de intervenir en los problemas sociales.

Tres temáticas determinan en buena medida la historia de la disciplina: en primer lugar, la definición que se hace tanto de lo social como de lo psicológico. En el segundo, la conceptualización que se proporciona de su relación. Y en tercer lugar, la propuesta metodológica que se realiza para el estudio de esta relación. De manera bastante consensuada se admite que desde el nacimiento de la psicología social se perfilan dos grandes perspectivas: la psicología social psicológica (PSP) y la psicología social sociológica (PSS). La primera admite que es posible proporcionar definiciones diferenciadas tanto de los fenómenos psicológicos como de los sociales, admite que entre estos fenómenos hay relación, pero que es de mera

exterioridad y, finalmente, mantiene que es posible utilizar los métodos de las ciencias positivas para analizar esta relación y encontrar leyes generales que la regulen. En oposición a este posicionamiento, la segunda sostiene que lo psicológico y lo social son una suerte de tejido sin costuras, por lo que resulta difícil poner un límite que marque dónde empieza un fenómeno y dónde el otro. En consecuencia, la relación que se postula entre procesos psicológicos y sociales es de mera interioridad y se apuesta por el uso de métodos interpretativos para entenderla. Para esta perspectiva, la dimensión simbólica de la realidad es crucial a la hora de comprender cómo lo psicológico se constituye a partir de lo social.

En este capítulo se revisan las principales cuestiones relacionadas con la emergencia y constitución de la psicología social como disciplina científica. Sus objetivos pretenden proporcionar: a) una caracterización de la psicología social a partir de su historia; b) una imagen general de los temas que ha investigado durante su desarrollo; c) las grandes orientaciones que han emergido en la disciplina; d) la definición y aproximación que se realiza de la realidad social; e) la relevancia que adquiere lo simbólico en la psicología social, y f) la indisoluble unidad que se postula entre los fenómenos psicológicos y sociales.

Existen diversas versiones del origen de la disciplina y diferentes maneras de responder a la pregunta del cómo y el porqué de la psicología social. Algunos autores encuentran este origen en la filosofía de la Grecia clásica, otros en la filosofía moral de la Ilustración. No obstante, lo más frecuente es considerar que todas estas referencias no son más que ideas o reflexiones sobre psicología social, pero de ninguna manera psicología social en sentido estricto. En tanto que disciplina científica y campo de estudio con identidad propia, su origen se localizaría en la segunda mitad del siglo XIX en un amplio conjunto de estudios realizados en diferentes países de Europa. Así, “la psicología social tendría un largo pasado pero solamente una breve historia”.

Dado que no hay psicología social ni en forma ni en contenido antes de finales del siglo XIX, lo que encontramos en etapas previas son reflexiones pertenecientes al ámbito del pensamiento o filosofía social. Algunas cuestiones centrales que hay que considerar en tales reflexiones son:

- 1) Si la persona, en tanto que individuo, es única o idéntica a los otros.
- 2) Si la persona es producto de la sociedad o, a la inversa, la sociedad es una función de los individuos que la componen.

3) Si la relación entre individuo y sociedad es un problema con sentido o la expresión de una ideología latente.

4) Si la naturaleza de los seres humanos es egoísta y necesita de procesos de socialización o si los seres humanos son sociales por naturaleza.

5) Si las personas son agentes libres o están determinadas por fuerzas sociales y culturales.

Pero la localización del origen histórico de la disciplina no es el único problema con el que se encuentra una aproximación general de la psicología social. Otro problema muy importante reside en cómo se presenta la disciplina, cuya presentación siempre está ligada a posicionamientos teóricos, metodológicos, epistemológicos e ideológicos previos.

De este modo, el capítulo que tiene en las manos está escrito desde la apuesta por una psicología social de corte sociológico, cosa que tiene diversas consecuencias. En primer lugar, significa que en la aproximación a la disciplina se enfatiza la importancia que tiene la historicidad de los fenómenos sociales y del conocimiento que podemos elaborar sobre ellos, ya que muestra el carácter cambiante de la realidad social y se aleja de la necesidad de considerar los fenómenos psicosociales como acontecimientos universales prefijados y propios de una naturaleza humana que trascendería sus determinantes culturales. En segundo lugar, encontramos que se acepta sin ninguna reserva que los fenómenos psicológicos están socialmente contruidos, de manera que lo social y lo psicológico son las dos caras de una misma moneda. Finalmente, encontramos que a la hora de explicar y comprender la relación entre lo social y lo psicológico, la dimensión simbólica aparece como factor determinante. Hasta tal punto esto es así, que pasa a ocupar el primer plano en nuestros análisis.

Esto podría ser de otra manera. Por ejemplo, si se consulta el manual ya clásico que E. Aronson editó en 1954 con el título *Handbook of Social Psychology*, escrito desde la denominada PSP, la realidad social que se describe se caracteriza por los rasgos siguientes:

1) No manifestar su aspecto simbólico.

2) Constituir un mundo percibido antes que interpretado en relación con los otros. Es decir, la realidad cotidiana parece depender más de los propios esquemas percibidos del individuo que de los procesos de producción y reproducción social.

3) Mostrar personas que se guían por pequeños indicadores estimulantes que observan en el ambiente o en las otras personas como si fueran meros receptáculos llenos de normas y sin capacidad de agencia.

4) Creer que los grupos elaboran normas de convivencia para que cada uno de ellos encuentre su función social en un universo armonioso en el cual no hay lugar para el conflicto.

5) Eludir las relaciones de poder determinantes que imponen presiones y generan estructura social y determinación de la identidad.

Y los presupuestos metodológicos que se manejan:

1) Obedecen a criterios completamente positivistas.

2) Depositán toda la acción de producción de conocimiento en el experimento de laboratorio.

3) Se asume que el conocimiento es acumulativo.

4) Se aspira a formular leyes generales del comportamiento social del individuo.

No obstante, el problema todavía se complica más si pensamos que incluso las presentaciones que se pueden hacer de la psicología social dentro de una misma perspectiva varían ostensiblemente. Por ejemplo, si se revisa tanto la introducción como la definición de psicología social que Ignacio Martín-Baró ofrece en 1996 en su obra *Entre el individuo y la sociedad. Acción e ideología*, se encontrarán importantes semejanzas y diferencias con este primer capítulo. Entre las primeras, tenemos que para el autor, el sentido y el significado son clave en la comprensión de la realidad y la acción social. Además, asume que persona y sociedad se constituyen mutuamente, sin que se pueda entender la una sin la otra. Y, finalmente, defiende la necesidad de superar la intención positivista de “entender, predecir y controlar” la conducta. Todo esto coloca su propuesta en la línea de lo que se ha formulado en la obra que tiene en las manos.

Para un autor como Ignacio Martín-Baró el papel de la estructura socioeconómica es determinante en el ser y el actuar de las personas. Sostiene, de la misma manera, que la psicología social tiene que jugar un papel de crítica y denuncia social.

Pero las diferencias empiezan a aflorar cuando atendemos al rumbo que toma dicha superación del objetivo positivista. Martín-Baró defiende que el abandono de

este objetivo tiene que posibilitar una mayor libertad individual y grupal mediante la toma de conciencia sobre los determinismos sociales de la acción; es decir, un mayor conocimiento de estos determinismos abre la posibilidad tanto de opciones más personales como de acciones más conscientes. La diferencia con la propuesta que encontraréis en este primer capítulo radica en el hecho de que lo simbólico pasa a un segundo plano y la acción de la ideología adquiere la máxima relevancia para la psicología social. El autor propone que el papel de la estructura socioeconómica es determinante en el ser y el actuar de las personas, estructura objetiva que está más allá de los procesos de construcción social.

La propuesta de Martín-Baró se realiza desde un contexto de fuerte conflicto social y es completamente deudora de un posicionamiento político claro: el autor elabora un texto desde la realidad centroamericana, huye de la psicología social atemporal y formalista y apuesta por dotar a la disciplina con un fuerte carácter de denuncia y crítica social. Esto se hace patente cuando define la psicología social como el estudio científico de la acción en cuanto a ideología, entendiendo por ésta aquellos esquemas cognoscitivos y valorativos producidos por los intereses objetivos de la clase dominante en una sociedad determinada e impuestos a las personas que los asumen como propios.

Si bien en nuestra introducción el carácter histórico –tanto de la realidad social como del conocimiento que producimos sobre ella y su dimensión simbólica– aparece en un primer plano –cosa que define y proporciona a la disciplina un aspecto determinado, básicamente analítico y teórico–, en el caso de la propuesta que nos hace Martín-Baró, estos elementos pasan a un discreto segundo plano: de esta manera, la importancia que tiene la ideología en la determinación de la realidad social ocupa la primera línea de sus formulaciones y propone que la psicología social actúe como herramienta crítica de los dispositivos de poder que se ponen en funcionamiento con esta finalidad.

Cómo se puede apreciar, los efectos que se derivan del cómo se presenta la disciplina son importantes y notorios. En el caso de la obra de Martín-Baró, nos muestra en qué consiste una consideración de la psicología social como compromiso político, como herramienta de crítica del *status quo* y como apuesta por una liberación de la conciencia ideológicamente enajenada de los individuos. Para él, el ejercicio científico de la disciplina está al servicio de unos grupos oprimidos y aspira a una pedagogía de su liberación. Tanto la introducción de Aronson como la nuestra constituyen presentaciones con efectos diferentes: el primero exhibe

una disciplina que aspira a constituirse en una suerte de tecnología que gestione la relación individuo-sociedad, mientras que, por el contrario, este capítulo presenta una psicología social de corte más teórico que aspira a comprender e interpretar los procesos psicosociales en sus dimensiones históricas y simbólicas. Las temáticas relacionadas con la aplicabilidad de la materia y con los compromisos políticos aparecen en un segundo plano.

1. La dimensión social

“Yo soy yo y mis circunstancias”. Ante la idea según la cual las personas nacen con una serie de características que las definen para el resto de la existencia, Ortega y Gasset tuvo el indiscutible talento de resumir en una sencilla frase una cosa que hoy nos parece obvia, pero que tardó mucho tiempo en constituirse como evidencia y que tuvo que dar muchos pasos antes de instalarse en los saberes del sentido común. En efecto, para llegar a reconocer el peso que tienen las circunstancias en nuestra propia manera de ser, fue necesario elaborar, primero, la constatación de que las personas, a pesar de ser cada una única y diferentes entre sí, presentan un amplio conjunto de características comunes según pertenezcan, por circunstancias de nacimiento o por circunstancias de la vida, a una u otra de las diferentes comunidades que coexisten en la sociedad. También fue necesario llegar a la constatación de que las creencias y las maneras de ser de las personas son de un tipo o de otro según los usos y las costumbres que imperan en las sociedades respectivas. Un autor francés resumió, muy acertadamente, este último punto, diciendo que lo que se considera como verdad a un lado de los Pirineos no lo tiene que ser forzosamente en el otro.

Aunque la cita siguiente está marcada por los prejuicios de la época, nos permite ver cómo a lo largo del siglo XVII se iba abriendo camino la idea de que nuestras “circunstancias” determinan nuestra manera de ser: “Si usted o yo hubiéramos nacido en Oldania, seguramente nuestros pensamientos y nuestras nociones habrían sido tan poco refinadas como las de los hotentotes que viven en estas tierras. Si el rey de Virginia, Apochaucana, se hubiera educado en Inglaterra, probablemente sería tan sensible al sentimiento de lo divino y un matemático tan hábil como cualquiera de nosotros. La diferencia entre él y el mejor de los ingleses se debe, solamente, al hecho de que el ejercicio de sus facultades ha estado ligado a las maneras, formas y nociones de su propio país [...]”.

John Locke (1690). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Madrid: Sarpe, 1984.

Así, la progresiva concienciación de la diferenciación social en el seno de una misma sociedad y de la variabilidad de las culturas entre las diversas sociedades fue dejando constancia de la inseparabilidad que hay, de hecho, entre la persona y sus circunstancias o, cosa equivalente, entre lo psicológico y lo social. ¿Pero cómo se constituye esta inseparabilidad? ¿Cómo inciden “las circunstancias” en la formación de las personas? Estas preguntas son muy sencillas, pero las respuestas que exigen son sumamente complejas.

La psicología social se ha constituido precisamente a partir de preguntas como las que acabamos de plantear y con la preocupación por construir respuestas que permitan entender mejor el nexo mutuamente constitutivo entre lo psicológico y lo social. Este capítulo pretende introducirnos en el conocimiento de la disciplina que llamamos psicología social, en el proceso de su constitución, en los supuestos que la definen, en los temas que investiga, en las orientaciones que la configuran y en los usos que podemos hacer de los conocimientos que proporciona.

Lo que acaba de leer en esta introducción indica una determinada manera de entender la psicología social y la naturaleza de los fenómenos psicosociales. En efecto, ha leído que la evidencia según la cual “Yo soy yo y mis circunstancias” necesitó algunos pasos previos para constituirse como tal evidencia. Esto significa, generalizando, dos cosas: primero, que una creencia o una afirmación, por muy evidente que nos parezca hoy, no siempre lo ha sido y, además, ha necesitado un proceso histórico para que pudiera constituirse; segundo, que aquello que hoy nos parece evidente, posiblemente dejará de serlo en un futuro próximo, como dejó de serlo la evidencia que las personas nacen, ya, como aquello que son. Tanto los fenómenos psicosociales como el conocimiento que tenemos son provisionales y cambiantes. Se forman mediante prácticas determinadas y se modifican con la evolución de estas prácticas.

También ha leído que la psicología social pretende construir respuestas y no encontrarlas. Esto significa que, del mismo modo que sucede con las evidencias, que hoy damos como buenas, las respuestas aportadas por la ciencia psicosocial resultan de una actividad investigadora que se encuentra enmarcada en un contexto social y cultural particular y situada históricamente. Estas respuestas están marcadas por esta actividad y por este contexto particular. No podemos decir, por lo tanto, que son literalmente objetivas y definitivas.

Los temas de reflexión que aparecen en este punto son diversos, pero aún se puede añadir otro si se pregunta si sería deseable o no radicalizar la expresión de Ortega y Gasset afirmando, por ejemplo, que “yo soy mis circunstancias”. Esta formulación enfatiza todavía más la naturaleza plenamente social de la persona, pero quizás tiene implicaciones difíciles de aceptar; ¿qué opina de ello?

Este capítulo constituye una invitación a dar un paseo por el variado y rico paisaje que ofrece la psicología social. En efecto, utilizando una metáfora geográfica, podríamos decir que en vuestro recorrido por la psicología, la psicología social se presenta como un territorio de paso obligado en el cual el viajante ha de adentrarse y que tiene que explorar con curiosidad. A fin de que este paseo sea más ameno, y quizás más provechoso, ofrecemos la compañía de un guía, el autor, que indicará el trayecto más conveniente. Sin embargo, eso sí, no hay que olvidar que otro guía le habría conducido por otros caminos y que, al acabar este viaje, solamente se habrá conocido una de las posibles rutas a través de la disciplina.

Así pues, los objetivos básicos del capítulo son los siguientes:

- Saber definir o caracterizar la psicología social, a partir de la historia de su configuración como disciplina.
- Saber definir o caracterizar la psicología social a partir de los grandes temas que ha investigado.
- Conocer cuáles han sido y cuáles son las grandes orientaciones teóricas que se manifiestan en el seno de la psicología social.
- Poder analizar las aportaciones de la psicología social para la comprensión de la realidad social y para intervenir en ella.
- Saber explicar por qué la psicología social afirma que hay una imbricación indisociable entre lo psicológico y lo social.

De manera complementaria, este capítulo proporcionará las informaciones y los instrumentos para poder analizar con más detenimiento los aspectos siguientes:

- La importancia de la dimensión simbólica en los procesos psicosociales.

- La necesidad de desnaturalizar los fenómenos psicológicos, es decir, de situarlos como fenómenos culturales.
- Las implicaciones de una perspectiva construccionista en el campo de la psicología social.

1.1. La separación entre lo social y lo psicológico

Nadie duda de que el ser humano es un ser plenamente social que necesita la presencia y las aportaciones de los otros para poder desarrollarse satisfactoriamente. Por decirlo de alguna manera, son los otros quienes construyen el tejido de relaciones, de estímulos y, en definitiva, el entorno en cuyo seno, como si se tratara de un nido, el bebé es acogido y es amparado. Nadie pone en duda tampoco que este entorno social, cambiante a medida que la persona se va desarrollando pero siempre presente y siempre indispensable, le marcará profundamente y configurará progresivamente su propia manera de ser. Basta con leer los estudios que se han hecho sobre algunos casos de niños que han sido privados bien pronto de las relaciones sociales habituales para poder ver cuáles son los efectos catastróficos de la falta de un entorno social satisfactorio (hospitalismo, fuertes carencias sociales, niños aislados y encerrados en casa por sus padres durante años, etc.). Basta también con comparar entornos sociales muy diferentes para ver que las personas que se han desarrollado en estos diferentes entornos presentan, entre ellas, diferencias profundas.

Sin embargo, aunque nadie pone en duda la importancia y la influencia que tienen los factores sociales en la configuración psicológica de los seres humanos, no existe, en cambio, ningún consenso en el grado en el que la dimensión social incide sobre los procesos psicológicos y todavía menos en la manera en que esta incidencia se produce. Hace unos años se desarrolló un intenso debate sobre el papel que desarrollan la naturaleza y la cultura respectivamente en la formación de la persona: ¿hay niños que nacen con una propensión mayor a la agresividad, igual que hay niños que nacen con el pelo más claro que otros? ¿O bien son las condiciones de su existencia las que hacen que un niño sea más propenso que otro a la agresividad? Preguntas como éstas alimentaron una polémica que duró muchos años antes de llegar a la conclusión de que era imposible separar ambos componentes para ver cuál era el impacto de cada uno. La

discusión desembocó en un cierto acuerdo en cuanto a la incesable e inextricable interacción entre aquello que es innato y aquello que se adquiere.

Aun así, hay muchos que consideran que, a pesar de las dificultades que comporta el intento de separarlas, existen, sin embargo, dos realidades bien diferentes: la realidad psicológica, por un lado, y la realidad social, por el otro. Se trata de la idea de que la parte psicológica es primera y constituye la materia básica, mientras que la social viene después y alimenta la psicológica con contenidos concretos y dándole formas particulares.

Una de las metáforas subyacentes en esta concepción es la metáfora de la plastilina: la parte psicológica sería la plastilina, es decir, la materia básica, mientras que la social modelaría esta plastilina para dar formas diferentes según los diferentes entornos socioculturales. Otra de las metáforas que encontramos detrás de la mencionada concepción es la metáfora del barniz: la parte social sería el barniz que se aplica sobre la psicológica y le da tonos, brillo y colores diferentes según las diferentes culturas. Pero bastaría con rasgar este barniz para ver aparecer, por debajo, una realidad psicológica idéntica para todos los seres humanos. Así, por ejemplo, se admite que los acontecimientos que provocan la risa o el enfado en una persona cambian si esta persona pertenece a la cultura japonesa o a la cultura alemana, pero, al mismo tiempo, se afirma que la risa o el enfado son emociones universales propias de la psicología humana; es decir, se reconoce que las personas manifiestan la alegría o la ira de manera diferente según las diferentes culturas, pero se afirma que estas diferentes manifestaciones siempre constituyen el reflejo de unas emociones básicas y universales.

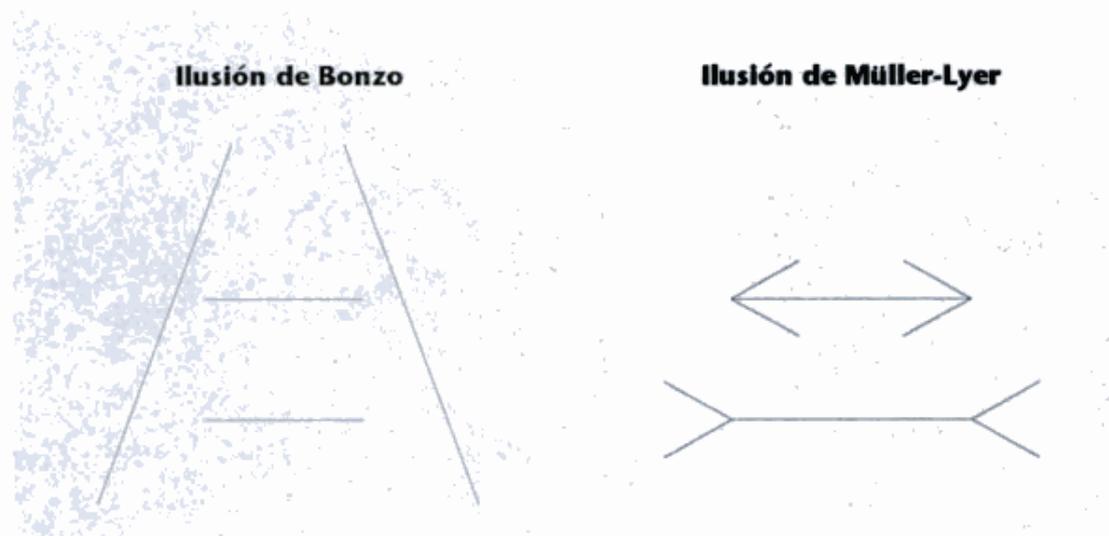
1.2. El impacto de los estímulos sociales sobre los procesos psicológicos

Es precisamente en este sentido en el que se habla del impacto de los factores sociales en los procesos psicológicos. Muchos de los estudios realizados por los psicólogos se encaminaron a poner de manifiesto y a acotar este impacto. La idea de que hay dos realidades bien diferenciadas, la psicológica y la social, y que conviene estudiar, por lo tanto, el impacto de lo social en lo psicológico ha sido tan influyente que merece que la presentemos aquí detalladamente. Para empezar, pondremos un ejemplo de ello en el campo de la percepción.

Como ya se sabe, hay ilusiones perceptivas que distorsionan la visión que tenemos de las cosas.

Las ilusiones perceptivas no sólo nos ponen en guardia contra el crédito que tenemos que dar a nuestras percepciones, por muy evidentes que nos parezcan, sino que también informan a los psicólogos de las peculiaridades del sistema visual humano y les ayudan a establecer una psicología de los mecanismos perceptivos. Ahora bien, no son únicamente los factores geométricos y espaciales los que generan ilusiones perceptivas, sino que también los factores sociales presentan esta propiedad. En un conocido experimento, Bruner y Postman pidieron a un conjunto de niños que dijeran cuál de una serie de fichas circulares que les presentaban se parecía más a otra ficha que se les presentaba como modelo. Cuando el estímulo modelo era una simple cartulina, los niños seleccionaban, con bastante acierto, la ficha de tamaño más parecida al modelo, pero, cuando el modelo era una moneda, los niños tendían a seleccionar una ficha significativamente mayor. El valor social que tiene el dinero provocaba, pues, una sobreestima perceptiva del tamaño del soporte físico en el que el dinero se materializa.

Figura 1.1. Ilusiones perceptivas



Muchos otros experimentos, del estilo de los que realizaron Bruner y Postman, han dejado claro, por lo tanto, que los factores sociales también inciden en los procesos perceptivos. A partir de otros experimentos se ha llegado a la conclusión de que los factores sociales inciden no sólo en la percepción, sino también en el resto de procesos psicológicos que configuran el ser humano.

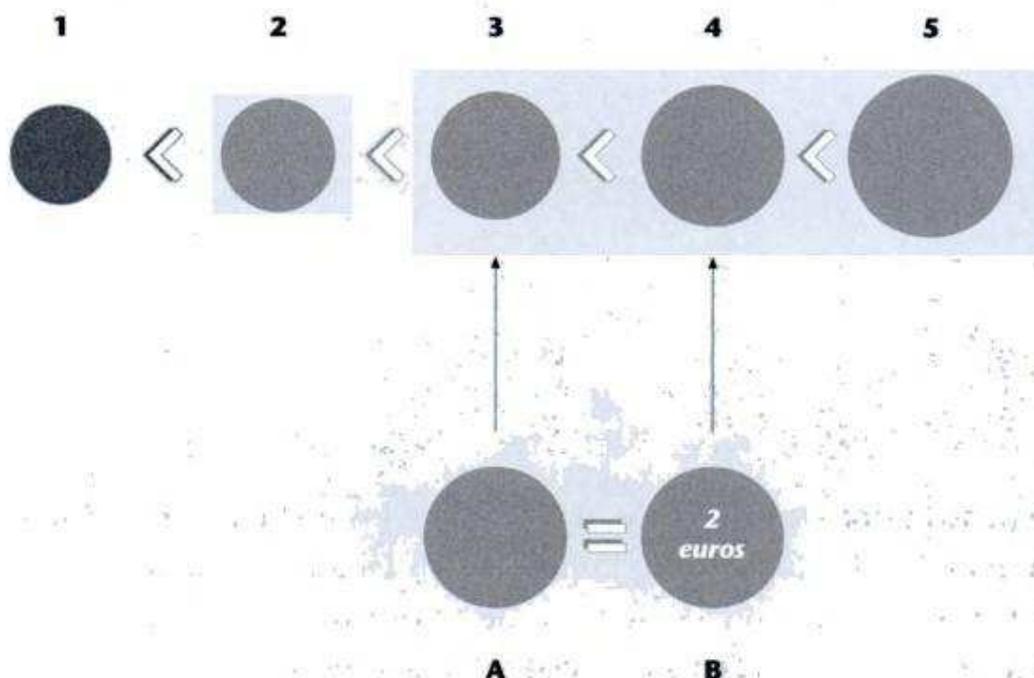
Lo valioso es más grande

Los círculos 1, 2, 3, 4, 5 de la figura 1.2 representan la serie de fichas de cartón, entre las que el niño tiene que escoger la que se parezca más a las fichas A o B que le dan.

A y B son de tamaño idéntico, pero A es una ficha de cartón y B es una moneda. La ficha número 3 tiene el mismo diámetro que A y B y es, por lo tanto, la ficha adecuada; la ficha número 4 tiene un diámetro superior. La flecha indica la elección que ha hecho el niño. Cuando compara la ficha A con el resto, escoge correctamente la ficha número 3. En cambio, escoge la número 4 cuando tiene que comparar la ficha B (moneda).

La idea según la cual los factores sociales impactan en los procesos psicológicos está en la base de una concepción de la psicología social que la sitúa como disciplina complementaria de la propia psicología. Según esta concepción, la psicología estudia los procesos psicológicos básicos que se dan en el individuo, mientras que la psicología social estudia la manera como estos procesos psicológicos se ven afectados por los fenómenos sociales.

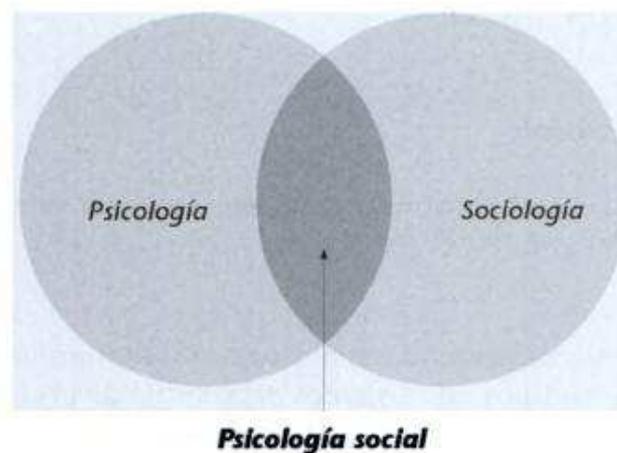
Figura 1.2



1.3. La intersección entre sociología y psicología

Hay otra disciplina, la sociología, que tiene por objeto estudiar los fenómenos sociales. La psicología social se situaría, por lo tanto, en la frontera que separa la psicología y la sociología. Más concretamente, se ha considerado que la psicología social se sitúa en la intersección entre estas dos disciplinas.

Figura 1.3



En el espacio delimitado por la intersección se encuentran los fenómenos psicológicos demasiado cargados de determinaciones sociales para que la psicología los pueda analizar debidamente, y los fenómenos sociales demasiado cargados de determinaciones psicológicas para que la sociología los pueda analizar debidamente; es decir, los fenómenos cuyo estudio es competencia de la psicología social.

1.4. La fusión entre lo social y lo psicológico

Por muy influyente y por muy convincente que haya sido esta manera de entender la psicología social, hay que preguntarnos, aun así, si es correcto ver la dimensión social como una dimensión sobreañadida a la dimensión psicológica y que se limita simplemente a impactar en ella. Cada día hay más psicólogos

que se alejan de esta concepción y que cuestionan la supuesta separabilidad de lo social y de lo psicológico. Por otro lado, la importancia creciente que se ha concedido al lenguaje en el desarrollo de la persona ha contribuido decisivamente a difuminar la separación entre lo psicológico y lo social.

El lenguaje es un objeto eminentemente social, que se presenta al mismo tiempo como un producto y como un elemento constitutivo de la cultura en la cual se desarrolla la persona. Pieza clave para el desarrollo del pensamiento, el lenguaje es aquello que proporciona al niño las categorías que le servirán para estructurar la percepción del mundo, para estructurar la afectividad, para desarrollar las relaciones con los otros.

El lenguaje y el mundo

A la vez que subraya el carácter convencional del lenguaje, esta cita del antropólogo Benjamin Lee Whorf enfatiza el papel que ejerce el lenguaje en nuestra construcción de la realidad.

“Disecamos la naturaleza siguiendo unas líneas trazadas por nuestra lengua materna. Las categorías y los tipos que aislamos del mundo de los fenómenos no los encontramos en la realidad, allí [...] sino que, al contrario, el mundo se presenta como un flujo de impresiones calidoscópicas que nuestras mentes tienen que organizar, y eso, en gran medida, significa que los sistemas lingüísticos de nuestras mentes lo tienen que organizar. Desmenuzamos la naturaleza, la organizamos en conceptos y le adscribimos significados, y lo hacemos de esta manera, en gran medida porque estamos ligados a un pacto para organizarlo todo de este modo: convenio que se mantiene estrictamente dentro de nuestra comunidad idiomática y que se codifica en los patrones y en los modelos de nuestra lengua. Ni que decir tiene que este pacto es implícito e informulado, pero sus términos y sus cláusulas son absolutamente obligatorios; no podremos decir nada a menos que suscribamos todos los datos de organización y clasificación que el mencionado pacto decreta como vinculantes y las aceptemos enteramente.”

Benjamin Lee Worf (1956). *Language, Thought, and Reality*. New York: The Technology Press y John Wiley and Sons.

1.5. La construcción social de lo psicológico

Así pues, podemos afirmar que con el lenguaje lo social está directamente presente en el desarrollo mismo de los procesos psicológicos y, más general-

mente, podemos considerar que es por medio de la propia relación con los otros como lo social interviene desde el primer momento en la construcción de los procesos psicológicos. Psique y sociedad no son dos realidades independientes vinculadas entre sí por meras relaciones de influencia recíproca, sino que constituyen un todo inextricablemente entrelazado. La dimensión social no corre paralelamente a la dimensión psicológica, sino que es constitutiva de ésta.

Esta idea no es fácil de asimilar, porque, cuando pensamos en la sociedad, pensamos habitualmente en una cosa que es exterior al individuo, una cosa que le rodea, una cosa en cuyo seno se encuentra el individuo y que, por lo tanto, le influye, de la misma manera que le influye el entorno ecológico en cuyo seno también se encuentra, pero que le influye desde fuera y simplemente se tiene que adaptar a él.

Para vencer la dificultad que nos impide entender plenamente que lo social es constitutivo de lo psicológico, tenemos que abandonar esta separación entre individuo y sociedad, y quizás la referencia al lenguaje nos puede ayudar a conseguirlo. Preguntémonos, por ejemplo: ¿dónde está el lenguaje, fuera o dentro de nosotros? Hay muchos problemas con los que tropezamos si no contestamos que el lenguaje está dentro y fuera de nosotros, es decir, las dos cosas al mismo tiempo y de manera inseparable. En efecto, si no estuviera fuera no podríamos adquirirlo y no podríamos comunicarnos con los otros.

La comunicación es posible porque el lenguaje está fuera, lo que permite que los otros accedan a él, igual que nosotros. Pero si no estuviera dentro, ni siquiera podríamos saber que existe y, sin duda, tampoco podríamos comunicarnos plenamente con los demás. La comunicación es posible porque disponemos del lenguaje, porque está instalado dentro de nosotros igual que el resto de capacidades que tenemos y porque podemos utilizar esta capacidad para construir desde dentro de nosotros todos los enunciados que emitimos hacia los demás. Pasa lo mismo con lo social: está dentro y fuera de nosotros al mismo tiempo. No podría estar fuera si no está dentro, y al revés. Desde esta perspectiva, el objeto que define la psicología social como disciplina deja de ser el estudio del impacto que tienen los factores sociales en los procesos psicológicos y pasa a definirse como el estudio de la construcción social de los procesos psicológicos.

2. La genealogía de la psicología social

2.1. Los antecedentes: Vico y los significados compartidos

Como es natural, hay diferentes versiones del origen de la psicología social. Es bastante frecuente entre los psicosociólogos hacer remontar esta disciplina a la época de la Grecia clásica y remitir a las obras de Platón y de Aristóteles para encontrar los primeros bocetos de una consideración psicosociológica del ser humano. Dejando a un lado estas obligadas referencias a la antigüedad, muchos psicólogos sociales coinciden en situar el inicio de la psicología social hacia mediados de siglo XIX y algunos ven en la obra del filósofo francés Auguste Comte, padre del positivismo, las primeras definiciones de la disciplina. Pero también se pueden tomar otros puntos de referencia y, por nuestra parte, nos parece que la obra del filósofo italiano del siglo XVIII Giambattista Vico constituye un punto de partida mucho más interesante para ubicar los primeros pasos de la disciplina.

“[...] una ciencia social que asuma que puede romper con el pasado desde el que ha surgido, perderá inevitablemente la perspectiva del futuro hacia al que habría de tender.”

Serge Moscovici (Ed.). (1986). *Changing conceptions of leadership*. New York: Springer-Verlag.

En efecto, Giambattista Vico desarrolló una serie de conceptos que serán clave para la psicología social. En primer lugar, Vico desarrolló la idea según la cual las sociedades presentan una dimensión histórica ineludible: se constituyen, evolucionan y cambian en el transcurso de la historia. Esta idea, que hoy nos parece tan sencilla y tan evidente, requirió, en cambio, muchos esfuerzos para constituirse y ser aceptada comúnmente, porque el carácter concreto de la sociedad está tan presente en la persona que nace y se desarrolla en ella que parece que siempre haya existido y que sea inmutable.

Vico, Giambattista (Nápoles, 1668-1744)

Filósofo italiano, autodidacta, fue profesor de retórica en la Universidad de Nápoles. Convirtió el racionalismo en un historicismo, al presentar la razón como una realidad que actúa por sí misma con una inagotable fecundidad creadora. El propósito de su gran obra

Principio di una scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni (1725) era mostrar el fundamental papel agente de las ideas en la historia, que es el lugar de realización del hombre, y buscar en ella el verdadero conocimiento de la naturaleza humana.

Vico insistió, también, en el carácter construido de la sociedad. Para él, la sociedad es un producto puramente humano que resulta de la actividad desarrollada por los individuos. Esta idea, que hoy aceptamos fácilmente, también fue de difícil elaboración. La sociedad parece tan insensible a los efectos que pueden resultar de la actividad de una persona particular que resulta difícil relacionar su existencia con las personas concretas que la constituyen. Lo más razonable consistía, por lo tanto, en situar su origen y nacimiento fuera del ámbito de las actividades humanas, por ejemplo en la voluntad de los dioses.

Conocemos mejor lo que hemos construido nosotros mismos

“[...] el mundo de la sociedad civil ha sido hecho, sin lugar a dudas, por los hombres [...] los principios hace falta buscarlos, por lo tanto, en las modificaciones de la mente humana. Cualquiera que reflexione al respecto sólo puede maravillarse del hecho de que los filósofos hayan puesto todos los esfuerzos en el estudio del mundo natural que solamente Dios puede conocer, ya que él es quien lo ha hecho, y que hayan dedicado, en cambio, tan pocos esfuerzos al estudio del mundo de las naciones, o mundo civil, ya que, debido a haberlo hecho los mismos seres humanos, pueden llegar a conocerlo.”

Giambattista Vico (1729/1973). *La nueva ciencia*. Barcelona: Planeta.

Pero Vico investigó sobre todo la manera en que se iban constituyendo las significaciones compartidas que constituyen el fundamento de una sociedad y sin las cuales no sería posible la interacción entre los que la integran. Vico nos explica, de una manera que hoy podemos considerar simplista, pero que revela una profunda sensibilidad psicosocial, cómo se constituyeron los primeros significados compartidos a partir de las reacciones comunes que tenían los seres humanos ante los acontecimientos naturales. Por ejemplo, ante los truenos y rayos de una tormenta, corrían a refugiarse en cuevas y otros refugios, de manera que desarrollaban conjuntamente una misma actividad en un mismo momento y ante estímulos idénticos. Fueron estas reacciones comunes, con los gestos y las conductas que implicaban, las que fueron estableciendo, poco a poco, las bases para construir códigos de comunicación y significados compartidos.

2.2. La formación de la psicología social en la Europa del siglo XIX

Todavía tendremos que esperar más de un siglo desde la publicación de la obra pionera de Vico para que la psicología social empiece a construirse como un campo de estudio claramente diferenciado. En realidad, esto no pasará hasta la segunda mitad del siglo XIX con una serie de estudios realizados en diferentes países europeos. Desde el primer momento se entrevén dos grandes orientaciones: la una centrada en el individuo y en los determinantes innatos de las conductas sociales y la otra centrada en las grandes colectividades humanas y en los determinantes culturales de las mencionadas conductas.

En el marco de la primera de estas orientaciones se enfatizan los instintos sociales que empujan al individuo a desarrollarse como ser social, buscando el contacto con sus congéneres (instinto gregario) y aprendiendo las pautas del comportamiento social (instinto de imitación). La otra orientación pone el acento en los factores culturales que regulan la socialización de las personas y que marcan la vida social, prestando una atención muy particular a la sedimentación de la historia de los pueblos en sus lenguas, en sus creencias y en sus tradiciones culturales. Es, por ejemplo, desde esta segunda perspectiva desde donde Wilhelm Wundt desarrollará a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX una obra importantísima y voluminosa sobre la psicología de los pueblos.

2.3. El desarrollo de la psicología social en los Estados Unidos

Aunque se irá perdiendo poco a poco el interés por unos supuestos instintos sociales, gran parte de la psicología social mantendrá la preocupación por los fenómenos individuales, hecho que dará lugar a aquello que algunos autores han denominado la psicología social psicológica (PSP), que conocerá un importante desarrollo en Estados Unidos durante el siglo XX y que influirá a partir de este momento sobre la psicología social desarrollada en otros lugares del mundo.

Paralelamente a la PSP, se desarrollará, también en Estados Unidos, una psicología social sociológica (PSS) más próxima a los planteamientos de Wundt, pero que no alcanzará un grado de difusión parecido a los de la PSP y quedará circunscrita básicamente al ámbito de la sociología.

La diferencia entre estas dos psicologías sociales, en cuanto a enfoques teóricos, es clara. Mientras que en la primera de estas dos orientaciones se toman los fenómenos sociales y los individuos como unidad de análisis y se estudian sobre todo la conducta social y el impacto de los estímulos sociales en los procesos psicológicos, en la otra orientación se toman la interacción social y la dimensión social como unidad de análisis y se estudian sobre todo las características de la vida colectiva y su repercusión en la configuración social de las personas.

Junto a estas diferencias de naturaleza teórica, también se manifiestan diferencias metodológicas: mientras que la PSP recurre con frecuencia a la experimentación en laboratorio o a diseños experimentales en situaciones naturales, la PSS se inclina por los estudios de campo, la observación sistematizada y la recogida de datos en situaciones de la vida cotidiana.

La separación y a veces el enfrentamiento entre estas dos perspectivas se ha atenuado después de la importante crisis por la que pasó la PSP a finales de los años sesenta. Como consecuencia de esta crisis, parte de la PSP se ha acercado a los planteamientos de la PSS y ha desarrollado una tercera vía que intenta superar la división disciplinar entre psicología y sociología restituyendo a la dimensión social toda la importancia que tiene en el análisis psicosocial y rescatando el papel fundamental del lenguaje en la construcción de los fenómenos psicológicos. Esta tercera vía ha recibido el nombre de *psicología social construccionista* (PSC).

La rapidísima exposición de la genealogía de la psicología social que acabamos de leer nos ha hecho sobrevolar en pocos párrafos más de dos siglos de historia hasta desembocar en el momento actual. Es necesario remontarnos, ahora, a los inicios de la disciplina para ver más detenidamente cuáles fueron los grandes temas que solicitaron la atención de los primeros investigadores y que favorecieron la progresiva constitución de la psicología social.

2.4. Los temas fundacionales: instintos sociales, imitación, sugestión y fenómenos colectivos

1) Los instintos

En la segunda mitad del siglo XIX, época en la que la psicología social fue tomando forma, la influencia de los escritos de Darwin era muy importante. Este

hecho explica que, por analogía con lo que pasa en el resto de especies animales, la psicología social prestara una gran atención, igual que toda la psicología, a la cuestión de los instintos e intentara explicar la conducta de los seres humanos en términos de diferentes instintos sociales que mueven a las personas.

Detrás de cada fenómeno psicosocial se buscaba el instinto que lo producía. De aquí viene que se hable del *instinto gregario* para explicar que las personas tienden a buscar la compañía de sus semejantes, del *instinto agresivo* para dar cuenta de la hostilidad interpersonal o intergrupala, y del *instinto altruista* para explicar la solidaridad entre las personas, etc. La tendencia a buscar la explicación de los fenómenos sociales en las características innatas de las personas se encuentra, pues, muy presente en los primeros momentos de la psicología social.

En la obra de 1871 sobre el origen del hombre, C. R. Darwin decía lo siguiente:

“Si consideramos al hombre como animal social, es muy probable que tenga que heredar determinadas tendencias a guardar fidelidad a los compañeros y a someterse al jefe de la tribu, ya que ambas cualidades son propias de la mayoría de los animales sociales. Bajo la influencia de esta herencia estará dispuesto a salir en defensa de sus camaradas en convivencia con el resto y a prestarles colaboración en cualquier circunstancia, siempre que no sea con un detrimento excesivo de su propio bienestar o de sus aspiraciones más profundas.”

Charles R. Darwin (1871). *El origen del hombre*.

¿Qué instintos?

Para el psicólogo William McDougall, los principales instintos eran los siguientes:

“El instinto de huida y la emoción del miedo. El instinto de repulsión y la emoción del disgusto. El instinto de la curiosidad y la emoción de la sorpresa. El instinto de la pugnacidad y la emoción de la ira. Los instintos de autorrebajarse (o sujeción) y el de autoafirmación (o exhibición de sí mismo), y las emociones de la sujeción y del gozo (o sentimiento negativo y positivo). El instinto paternal y la emoción de la ternura. El instinto de reproducción. El instinto gregario. El instinto de adquisición. El instinto de construcción.”

William McDougall (1910). *An introduction to social psychology*. London: Methuen.

McDougall nos daba en esta misma obra una definición clara de los instintos:

“Así, pues, podemos definir lo que es instinto diciendo que representa una disposición psicofísica heredada o innata que lleva a su poseedor a percibir objetos de una determinada clase y prestarles atención, a experimentar excitación emocional de una determi-

nada calidad al percibir un determinado objeto y a actuar, respecto a ello, de una manera particular o, cuando menos, a experimentar un impulso al ejecutar tal acción.”

No obstante, la moda intelectual favorecida por los trabajos de Darwin fue perdiendo fuerza poco a poco y la referencia a los instintos desapareció progresivamente de los planteamientos psicosociológicos, y también de los planteamientos psicológicos en general.

2) La imitación

Otro de los grandes temas fundacionales de la psicología social es el fenómeno de la imitación. La observación de la conducta de los niños conduce a los primeros psicólogos sociales, entre los que conviene destacar muy especialmente a Gabriel Tarde, a ver en el fenómeno de la imitación la explicación de la manera en que los seres humanos aprenden a desarrollar las conductas consideradas como “normales” y deseables en su sociedad. Se trata, en realidad, de un primer intento de explicar el fenómeno de la socialización, es decir, el mecanismo mediante el cual los individuos que nacen en una sociedad interiorizan los valores, las creencias, los esquemas relacionales y las pautas de comportamiento propios de esta sociedad, de manera que se permite que, generación tras generación, se mantengan y se reproduzcan las características básicas de la sociedad. Los adultos, que ya han interiorizado las normas sociales vigentes, se erigen en el modelo que imitan los niños y de esta manera los niños se erigen a su vez en personas adaptadas e integradas en la sociedad.

“El material del que se nutre el niño se encuentra en el almacén de actividades ya elaboradas, de maneras, de modelos, de organización, etc., que posee la sociedad. Esto sirve de elementos estimulantes, de puntos de referencia [...] el niño ha de poder aprender [...] ha de ser capaz de imitar [...].”

James M. Baldwin (1902). *Social and ethical interpretations in mental development*. New York: Macmillan.

El interés por la imitación permaneció durante muchos años en la psicología social, pero fue dejando paso, poco a poco, a planteamientos más sofisticados en términos de aprendizaje social. ¿Las teorías del aprendizaje social pretenden explicar este mismo fenómeno de la socialización y de la reproducción social, pero salvando algunos de los escollos con los que topaba el concepto de imita-

ción, como por qué imitan los niños? O ¿por qué no se interioriza todo aquello que se imita, es decir, tanto las conductas deseables como los malos ejemplos? O, finalmente, ¿cómo se pasa de la simple imitación a la apropiación de una pauta de conducta?

3) La sugestión

La preocupación por el fenómeno de la socialización orientó los primeros pasos de la psicología social hacia el estudio de otro fenómeno tan importante como la imitación: el fenómeno de la sugestión.

Mediante la sugestión se pretende explicar la manera como las personas se amoldan al contexto social y acaban reproduciendo sus características sometiéndose a las indicaciones y a las exigencias de los otros; es decir, en definitiva, a las exigencias de la sociedad.

En los primeros estudios sobre la imitación, el papel desarrollado por el adulto es esencialmente pasivo: se limita a figurar como un modelo que el niño intenta imitar con más o menos acierto y es en esta facultad de imitar donde descansa la posibilidad misma del proceso de reproducción social. Tomar en consideración la sugestión invierte los papeles, ya que es el adulto quien pasa a tener el rol activo mientras que el niño se convierte en un receptor pasivo de las influencias ejercidas por los que lo rodean. Pero el resultado es el mismo.

Los primeros trabajos sobre la sugestión no eran ajenos a la influencia que ejercían en la época los trabajos y las polémicas en torno a la hipnosis, fenómeno que se había puesto de moda en los círculos intelectuales y que mostraba cómo una persona podía obligar a otra a adoptar ciertas conductas o asumir ciertas maneras de ser sin que esta última fuera consciente del hecho de que alguien había doblado su propia voluntad. La proximidad entre los conceptos de sugestión y de hipnosis indica que el proceso que está en juego no es un proceso de obligación y de obediencia, sino que es un proceso de inducción en el que el sujeto no percibe que se le ha impuesto una conducta y mantiene el sentimiento que es amo de sus propias actuaciones aunque le hayan sido dictadas por los otros. Con el fenómeno de la sugestión, lo que se estudiaba, sin que quedara explícitamente formulado, era la manera como la sociedad consigue imponer las pautas de actuación socialmente establecidas sin que las personas sean realmen-

te conscientes de esta imposición y así puedan conservar, por lo tanto, el sentimiento que las asumen para ellas mismas.

Bajando hacia el individuo

Estas dos citas reflejan claramente la evolución de la psicología social hacia el estudio de unidades cada vez más alejadas de la dimensión social:

“[...] La psicología social en América pronto dejó de ser genuinamente social y se centró en el comportamiento de los individuos.”

Robert Farr (1986). *The Social Psychology of William McDougall*. En Carl F. Graumann y Serge Moscovici (Ed.) *Changing conceptions of crowd mind and behavior*. New York: Springer-Verlag.

De una manera más contundente, Graumann declara que la evolución de la psicología social desembocó en “la individualización de lo social y la desocialización del individuo”.

C. F. Graumann, en el libro citado anteriormente.

En la línea de los trabajos desarrollados por el psicólogo Alfred Binet, que darían lugar al influyente libro titulado *La Sugestión*, la psicología social fue profundizando en este fenómeno aunque abandonó poco a poco el término *sugestión* y lo sustituyó por el concepto más amplio de influencia social. De esta manera se abrió una de las líneas de investigación más importantes de la disciplina. Los estudios sobre influencia social abrazaron progresivamente todas las situaciones en las que las personas adoptan el punto de vista expresado por los otros o se aproximan a él, y también las situaciones en las que las personas adoptan tanto las conductas desarrolladas por los otros como su manera de ser o se aproximan a ellas.

4) Los fenómenos colectivos

Junto con el interés por la imitación y por la sugestión como mecanismos de la socialización, también se manifestó en la naciente psicología social un gran interés por los fenómenos colectivos y por las conductas de las masas. El estudio de los fenómenos colectivos dio lugar a la preocupación por conocer las producciones colectivas de los pueblos, como las tradiciones culturales, las peculiaridades lingüísticas, los mitos y las creencias colectivas, los hábitos de todo tipo. Es

esta línea de investigación la que quedará ejemplificada en la obra de Wilhelm Wundt sobre la psicología de los pueblos y, un poco más tarde, en las obras de los primeros interaccionistas simbólicos, enfocadas hacia el estudio de los mecanismos mediante los cuales se construye y se mantiene el orden social de los grandes colectivos sociales.

Como parte del interés por los fenómenos colectivos, también se manifestó una notable preocupación por estudiar las conductas de las masas. La fuerte irrupción de las masas en la escena social que, después de la Revolución Francesa, se volvió a producir en el año 1871, durante la revuelta de la Comuna de París, llamó la atención de muchos pensadores. Es así como uno de ellos, Gustave Le Bon, desarrolló un influyente tratado sobre la psicología de las masas en el que intentaba dilucidar los mecanismos psicológicos que intervenían en las actuaciones colectivas. En este tratado, Le Bon atribuía a las masas un efecto de despersonalización de los individuos que los impulsa a liberar los instintos más primarios. Convertido en un ser anónimo, el individuo se deja influir con mucha facilidad por los estados anímicos y las conductas de las otras personas presentes en la masa, y también por las consignas y las actuaciones de los líderes que emergen en la confusión de las congregaciones masivas.

La supuesta infrahumanidad de las masas

“Aún más, por el solo hecho de que forma parte de una multitud organizada, un hombre baja algunos peldaños en la escalera de la civilización. Aislado, puede ser un individuo cultivado; como parte de una multitud es un bárbaro; es decir, una criatura que actúa por instinto. Posee la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos a los que tiende, además, a parecerse, por la facilidad con la que él mismo se deja impresionar con palabras e imágenes –que podrían estar totalmente sin acción en cada uno de los individuos aislados que componen la multitud– y ser inducido a cometer actos contrarios a sus intereses más obvios y a sus hábitos más conocidos. Un individuo en una multitud es como un grano de arena que el viento maneja como quiere.”

Gustave Le Bon (1983). *La Psicología de las masas*. Madrid: Morata.

En el desarrollo posterior, la psicología social se alejaría progresivamente del interés por las masas, no sólo porque quedó patente que los estudios realizados por Le Bon y sus contemporáneos contenían muchos prejuicios y reflejaban todos los estereotipos que tenía la burguesía con relación a las manifestaciones

populares, sino también porque la psicología social se fue centrando cada vez más en unidades de análisis más reducidas. De esta manera, bajó del ámbito de los fenómenos colectivos al de los pequeños grupos y de las relaciones interpersonales hasta situarse, finalmente, en el campo de los fenómenos individuales.

Conocer para transformar

Esta cita del psicólogo Kenneth Gergen ilustra el cambio que se ha producido en la psicología social. En efecto, K. Gergen declara que las teorías psicociológicas tienen que tener:

“[...] la capacidad de cuestionar las asunciones dominantes de la cultura, de plantear reconsideraciones de aquello que se da como evidente y generar de esta manera nuevas alternativas para la acción social.”

Kenneth Gergen (1989). *La psicología moderna i la retòrica de la realitat*. En Tomás Ibáñez (Ed.), *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.

Después de examinar cuáles fueron los primeros temas que favorecieron la constitución de la psicología social como disciplina diferenciada de las disciplinas más próximas, es difícil no darse cuenta de que en las primeras etapas la psicología social estaba más preocupada por los mecanismos de reproducción y conservación de la realidad social establecida que por los mecanismos del cambio social y que reflejaba un determinado temor ante las manifestaciones populares susceptibles de trastocar el orden social reinante. Quizás es útil contraponer esta primera época de la psicología social a las orientaciones actuales de la psicología social, sobre todo en la vertiente socioconstruccionista, que ponen el énfasis en la transformación social e individual y que abogan por construir nuevas relaciones sociales y nuevas maneras de ser.

3. Las grandes orientaciones teóricas de la psicología social

Hemos visto en el capítulo anterior que la psicología social nunca ha sido una disciplina unitaria y homogénea, sino que durante mucho tiempo coexistieron dos

psicologías sociales, la PSP y la PSS, y una tercera psicología social que se creó después de los años setenta, la PSC. Aun así, sería una falacia creer que estos tres bloques son, a su vez, homogéneos, pues dentro de cada uno se manifiestan orientaciones diferentes que contribuyen a hacer más complejo el panorama de la psicología social, pero que también lo enriquecen y lo aproximan a la complejidad de la realidad social. Intentaremos dar cuenta ahora de las principales orientaciones que podemos encontrar en las diferentes psicologías sociales.

3.1. El interaccionismo simbólico

El interaccionismo simbólico (IS) es, sin duda, la corriente dominante en la PSS. El IS nació de los trabajos de George Herbert Mead a comienzos del siglo XX y se asienta sobre tres premisas básicas:

Herbert Blumer define de la manera siguiente el interaccionismo simbólico:

“La expresión ‘interacción simbólica’ hace referencia, sin duda, al carácter peculiar y distinto de la interacción, tal como se produce entre los seres humanos. Su peculiaridad reside en el hecho de que estos seres humanos interpretan o ‘definen’ las acciones ajenas, sin limitarse únicamente a reaccionar. Su ‘respuesta’ no se elabora directamente como consecuencia de las acciones de los otros, sino que se basa en el significado que otorgan a estas acciones. De esta manera, la interacción humana se ve mediatizada por el uso de los símbolos, la interpretación o la comprensión del significado de las acciones del prójimo. En el caso del comportamiento humano, tal mediación equivale a intercalar un proceso de interpretación entre el estímulo y la respuesta.”

Herbert Blumer (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora.

1) **La importancia de los significados:** el ser humano no actúa tanto con relación a las supuestas características objetivas de los objetos con los que se relaciona, como sobre la base del significado que atribuye a los mencionados objetos. Es fundamental, por lo tanto, conocer cuál es la interpretación subjetiva que una persona hace de una situación si queremos entender su conducta en esta situación.

La creación de los objetos

“El hombre vive en un medio simbólico tanto como en un medio físico y puede ser ‘estimulado’ a actuar tanto por símbolos como por estímulos físicos. Un símbolo se

define como un estímulo que tiene un significado aprendido y un valor para la gente, y la respuesta del hombre al símbolo se hace en términos del significado y valor que tienen, en lugar de en términos de la estimulación física de los órganos sensoriales. Por poner un ejemplo sencillo: una 'silla' no es simplemente una colección de estímulos visuales, auditivos y táctiles, sino que significa un objeto en el que la gente puede sentarse. Si uno se sienta en ella, el objeto responderá dándole asiento. Tiene un valor para este propósito. Un significado es equivalente a una definición 'acertada' de diccionario, que se refiere a la manera como la gente realmente utiliza un término en su conducta. El valor es la atracción o la repulsión aprendida que siente hacia el significado. Un símbolo es un acto incipiente o condensado en el que las etapas posteriores, que implican tanto elementos de sentido como de valor, ya están implicadas en la primera etapa. De la misma manera que el símbolo 'silla' implica el confort físico, la oportunidad de hacer ciertas cosas que se hacen mejor estando sentado y otros resultados parecidos de sentarse en una silla, hay que entender, como Mead señala, que el lenguaje no simboliza simplemente una situación o un objeto que ya existe; hace posible la existencia o la aparición de esta situación o este objeto, ya que es parte del mecanismo mediante el cual la situación o el objeto se crea."

Arnold M. Rose (Ed.). (1971). *Human Behavior and Social Processes. An Interactionist Approach*. London: Routledge & Kegan Paul.

2) La importancia de la interacción social: los significados no los traen los objetos en sí mismos, sino que emergen a partir del intercambio y de las relaciones con las otras personas. Es en la interacción con los otros donde se forja nuestra forma de interpretar la realidad.

3) La importancia del carácter activo de la persona: cuando decimos que los significados se forman mediante nuestra relación con los otros, no decimos que son los otros quienes nos indican o nos transmiten estos significados, sino que somos nosotros mismos quienes los elaboramos, aunque para hacerlo sea necesaria la interacción con los otros. En efecto, la persona ejerce un papel activo, seleccionando, transformando, negociando los significados adecuados en función de las acciones que pretende desarrollar en las diferentes situaciones.

A partir de estos supuestos básicos, se han desarrollado en el pasado y se desarrollan actualmente muchas e interesantes investigaciones sobre una extensa gama de fenómenos psicosociales, como la construcción de la identidad social.

En el marco de la PSP reseñaremos ahora tres orientaciones cuya influencia ha variado según las épocas: la orientación conductista, la orientación psicoanalítica, la orientación cognitiva.

3.2. El socioconductismo

La definición de la psicología que proporcionó John Broadus Watson, el padre del conductismo, fue adoptada por algunos investigadores en el estudio del comportamiento social:

“La psicología desde el punto de vista conductista es una rama experimental puramente objetiva de la ciencia natural. Su objetivo teórico es la predicción y el control de la conducta. Las formas de introspección no son parte esencial de sus métodos, ni el valor científico de sus datos depende de la disposición con la que se prestan a sí mismas a interpretación en términos de conciencia. El conductista, en los esfuerzos por obtener un esquema unitario de la respuesta animal, no reconoce ninguna línea divisoria entre el hombre y la bestia. La conducta del hombre, con todo su refinamiento y su complejidad, forma solamente una parte del esquema total conductista de investigación.”

John Broadus Watson (1913). Psychology as the behaviorism views it. *Psychological Review*, 20.

La orientación conductista recoge, de hecho, un conjunto muy diversificado de teorías, a veces bastante contrapuestas, pero que tienen en común una misma insistencia sobre la necesidad de estudiar los comportamientos observables de las personas y de explicarlos en función de unos fenómenos que sean también observables.

Así, por ejemplo, el conductismo considera que, para predecir la conducta que desarrollará una persona, hace falta conocer, por una parte, las características concretas de la situación en la que se encuentra y conocer, por otra, la experiencia previa que haya tenido la persona con estas características o con características similares. La idea básica es que, mediante estas experiencias previas, la persona aprende a establecer determinadas relaciones estables entre las características de una situación (estímulos) y las conductas adecuadas a dichas características (respuestas). Es comprensible que, a partir de estos supuestos, los conductistas interesados en la psicología social hayan dedicado muchos de sus esfuerzos a dilucidar los procesos de aprendizaje social mediante los que las personas consiguen desarrollar las pautas de comportamiento adecuadas a su vida social.

3.3. La orientación psicoanalítica

La orientación psicoanalítica se inspira obviamente en las formulaciones de Sigmund Freud para explicar los fenómenos psicosociales. El propio Freud desarrolló importantes análisis psicosociales sobre la constitución de los grupos sociales, las relaciones interpersonales y los fenómenos de liderazgo. Sus seguidores también realizaron contribuciones importantes a la psicología social, estudiando, por ejemplo, la formación del autoritarismo como rasgo de personalidad. Sin embargo, la principal aportación del psicoanálisis a la psicología social no proviene tanto de las investigaciones realizadas por los seguidores de esta corriente teórica como de las huellas que las formulaciones de Freud han dejado en los conocimientos de todos los psicólogos sociales y en el conocimiento culto en general.

“En la vida de un individuo, el otro ejerce el papel de un modelo, de un objeto, de un socio o de un adversario; o sea que de alguna manera la psicología individual es también desde el inicio una psicología social.”

Sigmund Freud (1921/1973). *La Psicología de las masas y el análisis del Yo*. Madrid: Biblioteca Nueva.

3.4. La teoría de la Gestalt y el sociocognitismo

Mucho antes de que se produjera la revolución cognitiva en psicología, la psicología social prestaba ya una atención particular a los procesos cognitivos y participaba de unas formulaciones de indudable carácter cognitivista. Esto se debe, posiblemente, al impacto que tuvo la teoría de la Gestalt, o la teoría de la forma, en psicología social, y también a la dificultad de analizar las relaciones interpersonales sin hacer intervenir en ello atribuciones de intenciones, interpretación de significados, representación del otro u otros aspectos de carácter escasamente conductual y fuertemente mental.

La orientación cognitiva se centra en el estudio de los procesos inferenciales que caracterizan el pensamiento humano y, en el campo de la psicología social,

analiza el impacto que tienen los factores sociales en los mecanismos y en los resultados de la actividad intelectual. A partir de los años sesenta esta orientación teórica ha ido suplantando poco a poco la influencia que tenían las orientaciones conductistas, y se ha convertido en la principal orientación de la psicología social convencional.

“[...] el término ‘cognición’ se refiere a todos aquellos procesos mediante los cuales la entrada sensorial se transforma, se reduce, se elabora, se almacena y se usa.”

Ulrich Neisser (1976). *Psicología Cognitiva*. México: Trillas.

En el campo de la psicología social esta formulación se traduce de la siguiente manera:

“El estudio de la cognición social hace referencia a la manera como las personas dan cuenta de las otras personas y de sí misma. Se centra en la comprensión que tienen las personas de la vida cotidiana [...] Se refiere, por lo tanto, a la manera como las personas piensan sobre el mundo social [...].”

Susan T. Fiske y Shelley E. Taylor (1984). *Social Cognition*. London: Addison-Wesley.

3.5. El socioconstruccionismo

Para finalizar este apartado, todavía nos queda ver la PSC. Si hemos utilizado, al final del párrafo anterior, la expresión *psicología social convencional*, es porque al final de los años sesenta se empezaron a desarrollar una serie de enfoques alternativos que pretendían situarse en una postura crítica con respecto a la psicología social en uso y que pretendían configurar una nueva forma de entender la disciplina. Gran parte de estos enfoques alternativos se pueden reagrupar bajo la denominación de *PSC*.

“El construccionismo social se propone básicamente dilucidar los procesos mediante los que las personas consiguen describir, explicar y, en definitiva, dar cuenta del mundo en el que viven [...]. Los términos en los que se comprende el

mundo son artefactos sociales que resultan de los intercambios, siempre históricamente situados, entre las personas. Desde el construccionismo se considera que los términos de esta comprensión no provienen automáticamente de las características propias de la naturaleza, ni tampoco de nuestra conformación genética. Son el resultado de un proceso activo y cooperativo que se da en la relación interpersonal [...]. Desde esta perspectiva, la investigación social ya no corre el riesgo de limitarse a ser una actividad secundaria, preocupada solamente de elaborar las implicaciones sociales de los fenómenos psicológicos más fundamentales [...] el núcleo explicativo de la acción humana deja de ubicarse en las interioridades de la mente para pasar a situarse en la estructura y el proceso del intercambio humano. Las explicaciones ya no se formulan aludiendo a un determinado estado o proceso psicológico, sino considerando las relaciones entre las personas.”

Kenneth Gergen (1985). *The social constructionist inquiry: context and implications*. En Kenneth Gergen y Keith Davies (Ed.), *The social construction of the person*. New York: Springer-Verlag.

La PSC retoma, en buena medida, las premisas del interaccionismo simbólico (IS), concede gran importancia a la dimensión subjetiva de la realidad social, a los significados y a la consideración de la actividad del individuo. Pero esta orientación acentúa todavía más el papel que ejerce el lenguaje en la formulación de la realidad psicológica, a la vez que extiende la consideración del papel del lenguaje a las teorías elaboradas por los psicólogos y muestra cómo inciden las convenciones puramente lingüísticas en los conocimientos que elaboran las ciencias humanas y sociales.

El construccionismo social pone atención en el hecho de que la realidad social y todo aquello que la compone se construye literalmente mediante las prácticas sociales concretas que desarrollan las personas y los colectivos en la vida cotidiana. Al mismo tiempo, la realidad social construida por estas prácticas revierte en ellas mismas y define el marco de posibilidad. Esta dependencia entre el marco social que incide sobre nuestras actividades y las actividades que inciden, a su vez, sobre la conformación del marco social ha sido teorizada por el sociólogo Anthony Giddens con el nombre de dualidad estructural. La insistencia en el papel constructivo de las prácticas sociales desemboca inmediatamente en el reconocimiento de la historicidad de lo social, ya que éste emerge de unas prácticas que se modifican necesariamente en el transcurso de los acontecimientos sociales. Dicho de una manera lapi-

daria, nuestras costumbres producen cosas y estas cosas modifican las costumbres que las han producido.

Desde esta perspectiva que va adquiriendo una influencia creciente en la psicología social, queda claro que, cambiando las costumbres, los seres humanos tienen la posibilidad de cambiar a la sociedad que resulta y cambiarse ellos mismos.

4. ¿Para qué sirve la psicología social?

Cuando se hace la pregunta sobre la utilidad práctica que pueden tener determinados conocimientos científicos, aparece, inmediatamente, la gran dicotomía entre investigación básica e investigación aplicada.

“[...] La investigación básica apunta y se dirige hacia la acumulación de conocimiento en torno a algunos principios fundamentalmente de la conducta, mientras que la investigación aplicada pretende suministrar alguna ayuda a la solución de un problema.”

L. Bickman (Ed.). (1980). *Applied Social Psychology Annual*. Beverly Hills: Sage.

Sin embargo, no siempre es fácil de mantener esta diferenciación en el campo de las ciencias sociales y humanas. El influyente psicólogo social Kurt Lewin aseveró una vez, con gran acierto, que “nada es más práctico que una buena teoría”. Si esto es efectivamente así, y nos inclinamos a pensar que lo es efectivamente, se difumina la frontera entre las actividades que conducen a elaborar conocimientos y las actividades enfocadas a resolver problemas prácticos de la vida cotidiana. Esta difuminación se hace todavía más patente si consideramos, junto con Lewin, que es por medio de la intervención activa en la resolución de problemas prácticos como se pueden constituir determinados conocimientos teóricos. El propio Lewin desarrolló un planteamiento que, con el nombre de investigación/acción, incitaba a los psicólogos sociales a involucrarse en la resolución de los problemas sociales para hacer avanzar, de esta manera, el conocimiento teórico.

4.1. La intervención en los problemas sociales

A pesar de estas consideraciones, se puede mantener una diferenciación entre el ámbito de las aplicaciones del saber y el ámbito de la producción del saber, aunque sólo sea para dar cuenta de la mayor o menor implicación del psicólogo social en los problemas concretos de su sociedad.

Aceptando, con las reservas mencionadas, la distinción entre lo básico y lo aplicado, no hay duda de que la psicología social se preocupó desde los primeros momentos no sólo de producir conocimientos sobre los fenómenos psicosociales, sino también de diseñar los instrumentos para poder intervenir en la realidad social y contribuir a resolver algunos de sus problemas. Así, por ejemplo, se ha manifestado una preocupación prácticamente constante a lo largo de toda la historia de la psicología social para facilitar la reducción de la hostilidad entre los grupos humanos y para atenuar los fenómenos de discriminación que nacen de los prejuicios sociales.

Si nos detenemos un momento para pensar quiénes somos cada uno de nosotros, podemos recorrer un largo camino que va desde las definiciones más generales según las cuales somos, por ejemplo, seres vivos o somos seres humanos, hasta las definiciones más particulares que nos sitúan como individuos absolutamente irrepetibles, con un nombre propio y una historia de vida que nos diferencia del resto de seres humanos. Pero entre estos dos extremos hay muchos niveles intermedios: también somos hombres o mujeres; heterosexuales, homosexuales o bisexuales; niños, jóvenes o viejos; catalanes o gallegos; anarquistas o conservadores; culés o periquitos; etc. Es decir, pertenecemos, sea por elección o por circunstancias o por ambas cosas al mismo tiempo, a una multitud de categorías y de grupos que contribuyen a hacer que seamos precisamente quienes somos. De la misma manera que nuestras relaciones interpersonales transitan por episodios de colaboración y de apreciación mutuas y por episodios de competición y de conflicto, también las relaciones entre los grupos transitan por momentos de armonía y momentos de tensión que desembocan a veces en enfrentamientos violentos que salpican diariamente las páginas de los diarios.

El conflicto entre los grupos

“No se puede dudar de que las diferencias culturales y físicas observables entre grupos facilitan las reacciones discriminatorias hacia los miembros ajenos al grupo. Es inne-

gable que estas diferencias ejercen un papel en la hostilidad y los prejuicios entre grupos, pero esta etapa del conflicto entre grupos ha demostrado que no hacen falta diferencias culturales, físicas o económicas para que surjan conflictos entre grupos, actitudes hostiles e imágenes estereotipadas de los miembros ajenos al grupo.”

Muzafer Sherif (1967). *Group conflict and cooperation*. London: Routledge.

Los psicólogos han intentado conocer los mecanismos que conducen al enfrentamiento entre los grupos para poder articular, a partir de este conocimiento, los procedimientos susceptibles de reducir los conflictos. Una de las observaciones más interesantes es que, si se establecen relaciones de competición entre los grupos, aunque sea sobre la base de actividades puramente lúdicas, pronto se fortalece la cohesión interna de los grupos y pronto se desarrollan descalificaciones y prejuicios mutuos que multiplican las ocasiones de fricciones y de agresiones.

Por ejemplo, si se asigna, aunque sea puramente al azar, a los niños de un campamento a diversos grupos, y se da un nombre y unos signos distintivos a cada grupo y se les hace participar en juegos competitivos, con ganadores y perdedores, veremos aparecer muy rápidamente reacciones de solidaridad de los niños con los miembros de su propio grupo y reacciones de hostilidad hacia los niños de los otros grupos. Una manera de romper este clima consiste en proponer unas metas que ningún grupo pueda alcanzar para sí mismo, sin la participación de los otros grupos. Es lo que el psicólogo Muzafer Sherif llamó las metas supraordenadas.

Objetivos compartidos

“Nuestra definición de meta supraordenada pone énfasis en el hecho de que es inalcanzable para un grupo aisladamente: así, no tiene ningún significado más que una ‘meta común’.”

Muzafer Sherif (1967). *Group conflict and cooperation*. London: Routledge.

Otro psicólogo social, Henri Tajfel, demostró que ni siquiera era necesario introducir una relación competitiva para que naciera la hostilidad entre los grupos. Basta crear el sentimiento de pertenencia a un grupo para que se desarrollen mecanismos de discriminación que favorecen a los miembros del propio grupo y que perjudican a los miembros de los otros grupos. Es como si, por el simple hecho de

poder pensar en términos de “ellos” y de “nosotros”, ya fuera imposible de evitar favorecer a “los nuestros” y descalificar a “los otros”. Una manera de romper esta propensión consiste en cruzar las categorías de pertenencia; es decir, multiplicar las circunstancias en las que una parte de los que antes formaban el “nosotros” pasen a ser vistos como “ellos”, y al revés, en una movilidad constante de las fronteras trazadas por las pertenencias grupales. Los ejemplos que hemos dado no agotan ni mucho menos las múltiples formas de intervención que ha diseñado la psicología social para mitigar la hostilidad intergrupala.

4.2. Las aplicaciones de la psicología social¹

Los conocimientos que ha establecido la psicología social tienen un campo de aplicación tan extenso que aquí difícilmente podemos ir más allá de una simple enumeración de algunos temas. Por ejemplo, los conocimientos sobre la dinámica de los grupos humanos permiten incidir sobre el fortalecimiento de la cohesión de los grupos, o decidir cuáles son los modelos de liderazgo más adecuados a los objetivos que se marquen los grupos, o indicar qué mecanismos de toma de decisión pueden ayudar a conseguir los mejores resultados.

Por su parte, los estudios sobre la influencia social han permitido diseñar las actuaciones más adecuadas para persuadir a las personas a adoptar puntos de vista más de acuerdo con las normas de una convivencia social que no discriminen a aquellos que son diferentes de la mayoría (racismo, estereotipos, prejuicios, etc.), aunque también se pueden utilizar, y lógicamente se utilizan de hecho, para convencer a la gente de que tal marca es mejor que la otra o de que tal candidato merece más confianza que tal otro.

En otros ámbitos, las investigaciones sobre los fenómenos colectivos han proporcionado indicaciones para intervenir sobre los efectos del pánico que adquiere consecuencias de gravedad extrema cuando se produce en situaciones de gran amontonamiento o para actuar en el seno de las poblaciones que, muchas veces

1. Para ampliar el tema de las aplicaciones puede consultar las obras siguientes: José Francisco Morales et al. (1985). *Psicología Social Aplicada*. Bilbao: Descleé de Brouwer. Ángel Rodríguez (1983). *Aplicaciones de la Psicología Social*. México: Trillas. Julio Seoane y Ángel Rodríguez (Ed.). (1988). *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.

por causas naturales (terremotos, inundaciones, etc.), se encuentran en situaciones dramáticas.

Finalmente, los conocimientos acumulados sobre las relaciones interpersonales permiten ayudar a mejorarlas y desactivar las agresiones, lo que favorece la atracción entre los individuos o suscitando los comportamientos de ayuda mutua. No hay que decir que también se pueden utilizar para manipular a los otros con la finalidad de satisfacer intereses particulares.

4.3. El conocimiento de la realidad social y los efectos del saber psicosocial

Estas aplicaciones de los conocimientos psicosociales, junto con muchas otras que no tenemos tiempo de relatar aquí, han ido favoreciendo poco a poco la constitución de nuevos campos del saber que han integrado aportaciones de otras disciplinas y que han diversificado considerablemente el mapa de las especializaciones posibles. Por ejemplo, se han ido formando especialidades como la psicología social de la educación, la psicología jurídica, la psicología de las organizaciones, la psicología ambiental, la psicología política o la psicología cultural, entre otras.

No querría concluir este tema sin llamar la atención sobre una cuestión de carácter general que permite matizar la separación, aparentemente tan clara, entre los conocimientos teóricos, por un lado, y las aplicaciones concretas de dichos conocimientos por otro. Hay una diferencia fundamental entre los conocimientos que producen las ciencias sobre los fenómenos naturales y los conocimientos que versan sobre los fenómenos humanos. La Luna, por poner un ejemplo, continuará imperturbablemente su movimiento elíptico alrededor de la Tierra con total independencia del hecho de que conozcamos las leyes que lo gobiernan o no. Nuestro conocimiento no incide de ninguna manera sobre este fenómeno y lo único que podría incidir en él eventualmente serían determinadas aplicaciones de este conocimiento.

No obstante, no pasa lo mismo con nuestro conocimiento de los fenómenos humanos. Si una persona se entera de que su conducta obedece a una influencia u otra, porque así lo ha establecido el conocimiento producido por los psicólogos sociales, esta persona puede tomar las medidas oportunas para

que dichas influencias no tengan los efectos esperados, y contradecir, de esta manera, las leyes establecidas por la psicología social. Por ejemplo, una persona puede haber aprendido, estudiando los trabajos del psicólogo social Stanley Schachter, que los individuos buscan preferentemente la compañía de los que participan del mismo estado de ánimo. Esta tendencia afiliativa se puede observar cuando al finalizar un examen los estudiantes esperan que salga la lista de notas. Aquellos que sienten una determinada euforia porque están convencidos de que lo han hecho bien tenderán a juntarse con los que tienen el mismo sentimiento, mientras que los que experimentan una ansiedad elevada porque piensan haberlo hecho mal, buscarán la compañía de los que estén en las mismas condiciones. Ahora bien, al salir del examen, la persona que ha leído la obra de Schachter puede decidir buscar la compañía de los que participan del estado opuesto al suyo e invalidar, de esta manera, el conocimiento elaborado por Schachter. Eso se puede hacer deliberadamente como en el ejemplo que acabamos de dar, pero en la mayoría de los casos el conocimiento que hemos adquirido de las ciencias sociales y humanas afecta a nuestra conducta sin que ni siquiera seamos conscientes de ello.

Dicho de otra manera, lo que aquí decimos es que el mismo conocimiento producido por los investigadores puede engendrar efectos sobre el fenómeno estudiado, sin que haya que recurrir a ningún procedimiento de aplicación. El psicólogo social Kenneth Gergen ha desarrollado las implicaciones de esta característica peculiar de los saberes psicosociales que él denomina *Enlightenment* ('Ilustración') y que tendrían que incitarnos a reflexionar sobre la responsabilidad de los investigadores en ciencias humanas y sociales, no sólo en cuanto a los tipos de aplicaciones en las que pueden dar lugar los conocimientos que producen, sino también –y sobre todo– en cuanto al conocimiento que son capaces de producir.

Conclusiones

En este capítulo presentamos algunos puntos de referencia para situar la psicología social, conocer sus principales características, entender cuáles son los objetivos de conocimiento que lo animan y valorar sus aportaciones. Se trata, en definitiva, de posibilitar una visión general de la psicología social por medio de una primera aproximación que ayude a abordar posteriormente la exposición más detallada de algunos de los temas.

Partiendo de estas premisas, el capítulo está estructurado de una manera bastante convencional en una serie de apartados que estudian el origen de la disciplina, su relación con las disciplinas más próximas (psicología y sociología), los temas que dieron lugar a su formación, las orientaciones teóricas que se dan en ella, las definiciones conceptuales de su objeto de estudio y las aplicaciones a las que dan lugar los conocimientos elaborados.

Pero más allá de este formato convencional que hay que seguir en un nivel introductorio a una disciplina, la presentación que hemos hecho aquí de la psicología social se ha ordenado en torno a tres presupuestos fundamentales.

1) En primer lugar, la importancia que reviste la historicidad de los fenómenos sociales y del conocimiento que somos capaces de elaborar sobre estos fenómenos. La historicidad de los fenómenos sociales llama la atención sobre el carácter evolutivo y cambiante de la realidad social y, por lo tanto, sobre la necesidad de alejarnos de una vez de toda visión que tienda a considerar los fenómenos psicosociales como fenómenos universales prefijados y propios de una naturaleza humana que trascienden sus determinantes culturales. Asimismo, la historicidad del conocimiento sobre los fenómenos sociales obliga, por una parte, a la máxima prudencia en cuanto a la confianza que conviene conceder a los conocimientos instituidos, y obliga, por la otra, a prestar siempre la máxima atención a la genealogía de cualquier disciplina para entender debidamente sus características presentes.

2) En segundo lugar, este capítulo pone énfasis en la naturaleza socialmente construida de los fenómenos psicológicos. Ante la idea bastante generalizada según la cual los aspectos sociales impactan sobre un entramado psicológico más fundamental, dándole forma y contenidos particulares, señalamos la dificultad de separar lo social y lo psicológico y apuntamos hacia la necesidad de considerar estos dos aspectos unidos de manera tan inextricable como pueden ser las dos caras de una misma hoja.

3) Finalmente, el tercer presupuesto fundamental gira en torno a esta peculiaridad del conocimiento sobre lo social que, con el término *Enlightenment*, hace referencia a las repercusiones que tiene la propia investigación sobre los fenómenos investigados.

En el mapa conceptual que figura a continuación, recogemos la parte más convencional de la estructuración de este capítulo, pero algunos de los conectores que indicamos, especialmente los que son bidireccionales, reflejan también parte de los presupuestos fundamentales que acabamos de indicar.

Figura 1.4

